

Deus? Hagamos como él la guerra al infierno, á las legiones infernales; resistamos al demonio.

Debemos tambien un culto especial á san Gabrijel, porque él fué el primero que veneró la Santísima Virgen, diciéndole: Yo te saludo, María, llena de gracia. Es el modelo de amor de Jesús y de María. Y cuando un ángel ha bajado del cielo, hermanos míos, para enseñarnos á venerar y amar á María, á venerar y amar á Jesús, ¿no es justo que le profesemos una devocion especial?

Por último, el ángel Rafael tiene tambien derecho á un culto especial por parte de nosotros; porque es el ángel que protege á los viajeros, el que acompañó al jóven Tobías, el que cura á los enfermos.

Esto es, hermanos míos, lo que debía decirnos acerca de los santos ángeles. Veo que he sido hartó prolijo; pero, hermanos míos, como tan pocas veces se trata esta materia en el púlpito, creí que debía aprovecharme de esta oportunidad para daros á conocer esta parte tan bella de nuestra santa religion; creí que debía haceros conocer los dichosos compañeros de nuestra eternidad; creí que debía introducirnos, siquiera por el pensamiento, y por el amor, en la sociedad de los ángeles, entre los que alabaremos, amaremos y bendeciremos á Dios para siempre, que es la gracia que á todos deseo.

AÑO

(ÚLTIMO DIA DEL).

Quasi aquæ delabimur non revertentes.

Todos nos vamos deslizando como el agua derramada por tierra, la cual nunca vuelve atrás.

(II Reg. XIV, 14.)

La santa Escritura, en las palabras que acabo de citar, nos explica de diversas maneras, ó, mejor, nos revela los actos de nuestra existencia presente. Nos dice, que nos vamos deslizando como las aguas, que nunca vuelven á su origen. Con efecto; así como hay aguas que hacen mas ruido que otras, hay igualmente personas que meten mas ruido que las demas. Las aguas nunca vuelven hácia su origen, y nosotros tampoco volvemos hácia el nuestro, que es la tierra. Las aguas van á perderse y confundirse en el vasto Océano; y nosotros nos dirigimos hácia ese Océano de luces, de vida y amor para el cual hemos sido criados.

Hé ahí, queridos hermanos, las palabras de la Escritura santa, que he pensado someter á vuestra meditacion al despedirnos de este año. Divídese el tiempo en años, meses, semanas, dias y horas: la Iglesia encargada de la direccion de nuestras almas acá en la tierra, se aprovecha de esas divisiones para amonestarnos y conducirnos á Dios. Por esto, en la oracion de la mañana y en la de la tarde, en los oficios del domingo y al fin de cada semana, de cada mes y de cada año, nos encarga de un modo especial que pensemos en Dios. Y por este motivo, hoy que es el último dia del año, nos hallamos reunidos aquí, en el templo del Señor.

Todos vosotros, hermanos míos, habeis ya formado juicio de este

año; todos habeis ya pronunciado vuestro fallo; y este fallo sobre el año que va á espirar, será el asunto de mi discurso. Despues de haber explicado lo que todos nosotros pensamos acerca de esta materia, procuraré sacar de nuestras ideas comunes algunas conclusiones prácticas. Pidamos á Dios por la intercesion de la Virgen Santísima, que las reflexiones que voy á hacer, segun el espíritu de la Iglesia, que nos ha reunido al pié del santo altar, á todos nos sean provechosas. A. M.

En este instante, hermanos míos, todos pensamos lo mismo acerca del año que hoy concluye; todos formamos de él el mismo juicio. Y ¿qué juicio hemos formado? A todos nos parece, que ha discurrido rápidamente, que ha sido á la vez feliz y desgraciado, bueno y malo. Hé aquí la idea que todos nos hemos formado de este año.

En primer lugar, afirmamos, que ha sido de breve duracion. La Escritura Santa nos asegura, que el tiempo vuela; y el apóstol San Pablo, para demostrarnos su rapidez, nos dice, que toda nuestra vida no es mas que un dia. Cierto es, amados hermanos, que cuando empieza un año nos parece que nunca ha de concluir. No dudamos, de que el año que comienza tendrá su término; pero como este término está lejano, se nos figura que jamás le alcanzaremos. Pero apenas ha terminado, y nos volvemos para buscarle, entónces nos parece que ha pasado como el rayo; tal ha sido su rapidez. Observad una cosa, que suele pasarnos desapercibida; nuestra vida es el instante presente; pero ¿qué es el instante presente? el tiempo pasado ya ha concluido, lo futuro todavía no ha comenzado; solo nos pertenece el tiempo presente, que apenas podemos coger. Por esto nos parece, que este año ha pasado sin habernos casi apercibido de ello.

Pero si el año ha pasado rápidamente, ¿no es cierto, hermanos míos, que ha sido, á la vez, feliz y desgraciado? El firmamento material despide algunos dias sobre nuestras cabezas luminosas claridades; pero á veces se cubre de tinieblas, es oscuro como la noche. Lo mismo puede decirse de nuestra existencia: hay intervalos de bellas claridades; pero los hay tambien de oscuras sombras; hay dias que brillan con rayos luminosos, y otros que se envuelven en una noche tenebrosa; á veces todo nos sonríe, á veces todo nos entristece; la existencia es para nosotros una carga tan abrumadora, que llegamos á desear la muerte. Pero cualquiera que sea el estado en que Dios nos ha colocado, nuestra condicion, en el último dia del año, es siempre la misma: felicidad y desgracia, alegrías y tristezas, aflicciones y gozos. Esto es lo que, en resumen, hemos todos experi-

mentado. ¿De dónde ha venido la desgracia? ¡Ah! de todas partes: de la enfermedad que ha atacado á nuestra persona, ó á las personas que mas amamos; de las decepciones, ilusiones, injusticias é ingraticudes de nuestros conocidos, amigos ó deudos. Muchas son las miserias de este mundo; pero, notadlo bien, no todas nos vienen de la mano de Dios: nosotros mismos somos con frecuencia los autores de nuestros males y de los de nuestros semejantes..... Es verdad, que ciertos dias nos sentimos como anonadados; pesa sobre nosotros una atmósfera que nos abrasa, que apenas nos permite respirar, y que nuestro cansancio, nuestra angustia nos obligan á exclamar con el Apóstol: tengo deseo de morir. ¡Morir! Y ¿por qué? Porque no atendeis al origen de vuestros males. Hay males terribles para aquellos á quienes Dios quiere purificar con el sufrimiento, la pérdida de un verdadero amigo, de un hijo, de un padre, de una madre. ¡Oh! ¿Qué dias tan desgraciados aquellos en que hemos de derramar lágrimas sobre un despojo mortal, y acompañar al sepulcro á un objeto querido, y presenciar como echan sobre su ataúd la última paletada de tierra! ¿Qué afliccion tan terrible la nuestra en estos casos! Y el recuerdo de esta pérdida, como que no está escrito en la arena para que el menor soplo de viento nos lo arrebate, ni en las palmas de las manos para que bien pronto desaparezca, de ahí es, que, despues de la pérdida, su recuerdo nos abreva de amargura. Todos hemos sido desgraciados durante el año que hoy concluye, bien que no todos lo hemos sido de la misma manera; todos hemos experimentado penas, y no podíamos dejar de experimentarlas, porque todo en nuestro entendimiento, en nuestro corazón, en nuestra alma, en nuestro cuerpo es ruina, y, por lo tanto, hemos de sufrir. ¿Habrá quien se atreva á negarlo? Además de los padecimientos ocasionados por la enfermedad y la muerte, hay los que dependen de la sujecion, cuando se está sometido á la voluntad de otro, y esta voluntad no es siempre discreta. Hay los que provienen de la familia, de las locuras de la juventud: La madre llora, el padre teme por el honor de su nombre..... ¡Oh! no cabe duda: todos habeis sufrido en este año, y en vuestra angustia os parecia que el tiempo marchaba á paso lento y que las horas duraban dias, meses y años.

Pero si, por una parte, nuestra vida ha sido desgraciada, debeis tambien convenir, en que ha sido al mismo tiempo feliz: hemos tenido dias de gozo, de satisfaccion, horas de felicidad. ¿Y quién nos ha proporcionado esos consuelos, esos gozos, esas satisfacciones? En primer lugar, estos goces proceden de la familia, que con sus flujos y reflujos de afectos, con esta amistad viva, verdadera, profunda,

inmesurable, que hace de los miembros de la familia una comunidad en la que nadie se pertenece á sí mismo, sino á las personas que ama; comunidad que es como el Paraíso de la tierra, puesto que en el cielo las almas por el amor se unirán con Dios, y no serán sino una misma cosa con él. Despues de estos gozos de familia, vienen los de la amistad, que descansa sobre las simpatías, sobre la comunidad de miras, de afecciones, de sentimientos, y que hace de los amigos una segunda familia. Hay todavía otros goces: os hablaré de los que nos proporciona el aspecto de la naturaleza? No; quiero prescindir de ellos, porque tal vez la mayor parte de los que me escuchais habreis recorrido diferentes paises, y admirado sus riquezas; habreis trepado la cima de altísimas montañas, contemplado la inmensa extension de las aguas, visto vastos horizontes, respirado el perfume de las flores bajo el hermoso azul de los cielos, y os habreis dicho á vosotros mismos mil veces: ¡ah! ¡qué hermoso es esto! ¡en estas obras veo un reflejo de la belleza, el poder, la sabiduría y bondad infinita! Además, vosotros habeis leído los libros que contienen la verdad, los libros donde están escritos los pensamientos de Dios, porque la verdad es el pensamiento de Dios; y al leer estos pensamientos perfectamente expresados, estos pensamientos que derraman torrentes de luz, vosotros habeis gozado. A veces habreis gozado, no leyendo estos pensamientos, sino oyéndolos de viva voz, cuando un hombre, no digo un sacerdote del Señor, os explicaba cosas que os arrebatában; ¡que felicidad era entonces la vuestra! No quiero hablaros de los goces materiales y honestos, bien que por nuestra pobre naturaleza los amemos todos. Sin embargo, os exhorto á no dejaros dominar de ellos, porque os serian fatales. No siempre lo que es permitido es lo mas saludable; y si os dejaseis dominar por estos goces, pudiera muy bien sucederos como á los que se acercan demasiado á ciertas máquinas cuando están funcionando, que en vez de seros útiles, acabarían con vosotros. Sin embargo, confesémoslo, vosotros habeis experimentado esos goces. Pero habéis olvidado el gozo principal, que es el de la conciencia, el de haber cumplido con el deber. Cuando uno puede dirigirse á sí mismo esta gran palabra de Jesús á su eterno Padre: *opus consummavi quod dedisti mihi*, Padre mio, tengo acabada la obra cuya ejecucion me encomendaste, he practicado lo que me ordenaste hacer; cuando al acercarnos al lecho del descanso, que es la imágen de la muerte; podemos decir: Dios mio, he hecho lo que me habías mandado, todo lo que debia hacer, y nada mas de lo que debia hacer, ¡qué gozo inunda el corazon! Y ¡qué feliz seria la sociedad en general, si cada

uno, cualquiera que sea su condicion, pudiera decir por la noche estas palabras: he hecho lo que debia hacer: *opus consummavi quod dedisti mihi!*

Confesémoslo, pues, hermanos míos; este año ha sido para vosotros feliz y desgraciado á la vez; con la diferencia, sin embargo, de que para unos ha sido mas feliz que desgraciado, y para otros mas desgraciado que feliz. Yo creo, que si se colocaran en los platillos de la balanza los gozos y las tristezas, éstas pesarian mucho mas que aquéllos.

Por último, todos habéis juzgado que este año ha sido bueno y malo. ¿En qué consiste la bondad? En la conformidad de la voluntad nuestra con la voluntad de Dios. El género humano decayó de su primitivo estado por no haberse conformado con la voluntad de Dios. Ahora bien, ¿os habéis vosotros conformado con esta voluntad en este año? ¡Ah! cuando expresabais esta voluntad de Dios en vuestros deseos, en vuestros sentimientos, en vuestras obras; cuando oiais en vuestro interior una voz que os decia: «has obrado bien;» vuestra vida era santa. Pero, ¿no ha sido tambien algunas veces culpable? No *siempre* hemos cumplido la voluntad de Dios. Buscando locas felicidades, ¿no hemos encontrado aljibes de agua impura, donde presumíamos encontrar un manantial de agua viva? Nosotros, pues, hemos sido á la vez santos y pecadores. Es posible que no hayais sido grandes pecadores; ¿podeis, empero, negar, que hayais faltado en alguna cosa? ¡Cuántas impaciencias, y pudiera tambien decir cóleras, cuántos sentimientos de vanidad, de orgullo!.... ¡Qué grandes erais á vuestros propios ojos! Queriais dominar, y, al tropezar con algunas contradicciones, estallaba en vuestro corazon la tempestad; por cierto que entonces no erais santos, pues haciais vuestra propia voluntad y no la de Dios. Además, á consecuencia del sublime concepto que os habiais formado de vosotros mismos, ¿con que severidad habéis juzgado al prójimo? ¡Cuántas veces habéis creído descubrir en él defectos que no tenia! ¡Cuántas habéis dicho que vuestro hermano distaba mucho de ser perfecto! ¿Erais entonces santos? Nuestro Señor ha dicho: «Teneis una viga en vuestro ojo, y no reparais en ella, y os poneis á mirar la mota en el ojo de vuestro hermano.» ¡Cuántas miserias en nosotros, cuántas debilidades! Y no obstante, cuántos nos hallamos en este auditorio compuesto de almas que aman al Señor, no queremos el mal precisamente porque es mal, sino que nos dejamos arrastrar al mal, que se ha convertido en tirano nuestro. Hé aquí, pues, lo que somos. ¡Ay! el pobre linage humano no es capaz de otra cosa. Desde que se separó de Dios anda

á tientas, camina por la senda de la iniquidad: marcha al día, y se para el día siguiente. Es el paralítico del Evangelio, el ciego del Evangelio, el sordo del Evangelio, el mudo del Evangelio, hasta que llegue á ser el muerto del Evangelio.

Ahora bien, hermanos míos; ¿qué consecuencias debemos sacar de esas sencillas reflexiones, sobre la vida y sobre el juicio que vosotros y yo hemos formado del año?

La primera consecuencia es, que hay otra vida. Nuestros días pasan con la mayor rapidez; ora seamos felices, ora desgraciados, el tiempo vuela. Nosotros quisiéramos prolongar nuestra mansión en la tierra; y cuando nos vemos atacados de un mal grave, cuando la enfermedad se agrava y nos hace vislumbrar la muerte, hacemos los mayores esfuerzos para rechazarla.

Para que no os asuste, no olvideis nunca la rapidez de la vida, que caminais hácia la eternidad. Acordándoos frecuentemente de ella, os direis: los años que transcurren, nada me importan, pues me conducen á Dios; á mi fin, á mi principio, á mi descanso. Cierto es, que este año ha pasado rápidamente; pero, ¿qué es el año transcurrido sino una corrida hácia el lugar de mi descanso, hácia la posesión de Dios en la eternidad! Estos días no han sido perdidos sino para la tierra; yo les encontraré sin fin y sin medida en la eternidad; han caído como cae la arenilla de un reloj, y con ellos han caído el fastidio y las desazones; lo que no ha caído es el mérito, ó, si ha caído, ha sido para levantarse. A imitación, pues, del Apóstol, cantemos el cántico de la inmortalidad: ¡oh muerte! ¿dónde está tu victoria? Yo no te temo; y cuando tú te me presentas, como tienes de costumbre, con los ojos hundidos y los huesos disecados, no me espantas. Al leer sobre la tumba estas palabras: *aquí yace*, no puedo ménos de exclamar: La tumba es el Tabor de mi transfiguración. Hé aquí la conclusión que debemos sacar de la brevedad de la vida. Escuchad al desterrado, que viendo con placer como pasa rápidamente el tiempo, exclama: ¡Gracias á Dios; bien pronto tendré la dicha de ver á mi patria! Oid al encarcelado, que dice: ¡Oh! ya se acerca el día en el que se me abrirán las puertas de esta cárcel. Tal es la primera conclusión que debemos sacar de la rapidez del tiempo en medio de las penas y de los gozos de este mundo: hay otra vida; y al sacar esta conclusión, recordad lo que mil veces se os ha dicho del infierno, del cielo, de los castigos y de la recompensa.

Somos un compuesto, he dicho ya, de gozos y de tristezas. Pues bien, quitad de la vida esas tristezas y quedaos con los solos gozos, aumentadlos con el pensamiento cuanto pudiereis, y tendreis una

idea del cielo, puesto que el cielo es la exención de todo mal y la posesión de todo bien: en esto consiste la felicidad eterna. Al contrario, quitad de la vida las satisfacciones, los gozos y las esperanzas; aumentad mas y mas las penas, y formareis una idea del infierno. Cuando sufrís, cantais el cántico de vuestra libertad futura. Refiérese, ya lo sabéis, que cazando cierto rey en medio de un bosque, encontró á un hombre, que á pesar de estar cubierto de llagas y en una situación espantosa, cantaba. Díjole el rey: «¿De dónde os viene tanta alegría? Parece que mas bien debierais lamentaros y llorar por vuestros males.»—«Señor, contestó, es cierto que mi casa se está arruinando, pero tambien lo es que se me está edificando otra, la de la eternidad; cuanto antes abandonaré esta casa ya arruinada y me trasladaré á la casa de Dios; y la casa de Dios es Dios mismo: *in domum domini ibimus.*» Así, pues, cuando el dolor nos oprimiere, recordemos, que acá abajo debemos sufrir para expiar los pecados, que mas ó ménos nos han esclavizado, y cantemos entónces el cántico de la libertad. Sea nuestra conclusión práctica, queridos hermanos míos, dar gracias á Dios, que hubiera podido quitarnos la vida cuando nosotros estábamos separados de él. Porque en tal estado, ¿qué hubiera sido de nosotros? Démosle tambien gracias, si hemos permanecido fieles á su voluntad y practicado su justicia. No murmuremos de los que han faltado á su deber; tal vez, en idénticas circunstancias, hubiéramos obrado como ellos, y aun peor que ellos. ¿Qué hemos de hacer, pues, al pensar en esta mezcla de debilidad y de fuerza? Tributar gracias á Dios por habernos alumbrado y concedido la fuerza para obrar el bien. Humillémonos en presencia de la magestad eterna, cuyas leyes hemos desconocido, y pidámosle perdón. Hé aquí lo que debemos practicar desde luego. Bien pronto oireis el cántico de penitencia, que repetia con frecuencia un rey muy famoso, pero que olvidó alguna vez sus deberes mas graves: Señor, habed piedad de mí segun vuestra gran misericordia.» No me basta una misericordia, decia: «Habed piedad de mí segun la muchedumbre de vuestras misericordias: *Miserere mei secundum multitudinem miserationum tuarum.*» A imitación suya imploramos la muchedumbre de las misericordias del Señor; pues implorándolas con fervor, oiremos bien pronto el cántico de triunfo, *Te-Deum*, para dar gracias á Dios por los beneficios que nos ha dispensado durante este año.

Finalmente, mis amados feligreses, el año que va á terminar, está prosternado al pié de este altar, y dice: Dios mio, estoy en vuestra presencia; algunas horas mas, y habré vuelto á la nada de

dónde me sacasteis. ¡Oh, Dios mio! durante mi corta peregrinacion sobre la tierra he olvidado frecuentemente el bendeciros, glorificaros y serviros; á menudo me he dejado arrastrar por la tentacion. Señor, cubierto estoy de confusion delante de vuestro santo altar, y os pido me perdoneis. Perdonadme, si, los pecados que conozco y los que ignoro, el mal que recuerdo y el que he olvidado. Estoy en presencia de vuestro santo altar, delante de la cruz, que es prenda de nuestra salvacion y de nuestra esperanza. Señor, perdonadnos nuestras debilidades, nuestra ceguedad y nuestra tibieza. Pero, Señor, en el decurso de este mismo año he disfrutado de alegrías y de satisfacciones. ¡Ah! os doy gracias, Señor, por haberme concedido esas alegrías y satisfacciones. Gracias, Señor, gracias, por esos dias que no he sabido aprovechar como debia. Me he irritado contra el dolor, he murmurado, he blasfemado; ¡perdon, Señor! yo debia mejorarme, cambiarme, y he abusado de las gracias que me dispensabais. ¡Ay de mí! si en esos momentos me hubieseis llamado á juicio, ¿cuál hubiera sido mi destino? Gracias, pues, por haberme concedido tiempo para arrepentirme: me arrepiento; no quiero que vuestra esperanza sea defraudada. ¡Ay! hemos pecado por ignorancia y por debilidad: habed piedad de nosotros, Señor, segun la muchedumbre de vuestras misericordias.



AÑO

(PRIMER DIA DEL).

PLÁTICA.

Dum tempus habemus, operemur bonum ad omnes.

Mientras tenemos tiempo hagamos bien á todos.

(Gal. vi, 10.)

Nacer, crecer, marchitarse y morir, hé aquí, mis queridos feligreses, toda la historia de las cosas de la tierra desde que el hombre, noble criatura, que es, por su inteligencia, el rey del mundo, hasta el insecto que huella con sus pies; desde el sol, cuyos rayos nos alumbran y calientan, hasta el arroyuelo que se extremece al menor soplo de viento, todo cambia, todo desaparece, todo se extingue. Lo que ayer nos admiraba, hoy ya no existe; de ello no nos queda sino un poco de ceniza. Ni las riquezas, ni el poder, ni la belleza, ni el talento pueden preservarnos de las injurias del tiempo, que, en su rápido vuelo, todo lo arrebató. Una sola cosa se libra de su accion destructora; una sola cosa le sobrevive, porque al nacer adquiere una imprescriptible inmortalidad: nuestras obras, buenas ó malas que sean. Siendo efecto de una alma inteligente y libre, son, como ella, imperecederas é inmortales. La tierra será un dia destruída; pero nuestras obras vivirán siempre, y no perecerán nunca. Existirán siempre sobre las ruinas del mundo, produciendo en nosotros, y con su responsabilidad, un peso inmenso de gozo ó de temor, de amor ó de desesperacion.

Tal es la doctrina de la Iglesia, tal la enseñanza de nuestra fe. ¡Doctrina pavorosa, cuya verdad, bien comprendida, puede decidir de nuestra salvacion! ¡Terrible enseñanza, la sola que da al tiempo